



TerceroPremio

Natalia Alarcón Mosquera

por su obra "Más de cien palabras"

**Jóvenes
Artistas**

Castilla-La Mancha
2009

Relato



Jóvenes Artistas

Tercer Premio

Natalia Alarcón Mosquera

1984, Socuéllamos. Ciudad Real

• natalia.alarconmosquera@gmail.com

- Durante muchos años soñé con ser Escritora con la misma intensidad que lo oculté. Como tantos de ustedes, he llenado cuadernos con cartas, cuentos y poemas de dudosa calidad e intención comunicativa. Un buen hombre me aprobó Literatura del siglo XVIII y acto seguido se me hizo entrega de un título de licenciada en Filología Hispánica con el que, a diferencia de mis padres, aún no sé qué hacer.

Hace dos años mi sobrina Andrea me dijo “tía, ¿me ayudas a construirle un mundo mejor a los caracoles?” y no sólo me derretí por la genialidad de esa niña de apenas cinco años, además creé www.unmundomejor-paraloscaracoles.blogspot.com. Fue entonces cuando empecé a escribir y ya nunca más quise ser Escritora.

Para satisfacer mi ego y sus peque-

ñas, pero seguro saludables, curiosidades les diré que soy natural de Socuéllamos. El sueño universitario me llevó a Ciudad Real; una súper beca, a Cuernavaca (México) y el Servicio de Voluntariado Europeo, a Bartrup (Alemania).

Escribo “articulitos” en el diario digital www.miciudadreal.es, he colaborado en la revista cultural “Autopsia” y, gracias a la súper beca, he realizado talleres sobre “literatura en internet” en varios institutos públicos de Cuernavaca y también he organizado alguna que otra actividad medianamente interesante en torno al *Quijote* y la literatura y el cine españoles contemporáneos.

Recién llegada de tierras germanas, actualmente trabajo como camarera en una cervecería de Ciudad Real, ya ves...

Más de cien palabras

Ahora me viene con que dentro de dos meses se marcha a Belice. Dice que lleva ahorrando mucho tiempo, que ha dejado pasar muchas oportunidades en la vida y ésta no se le escapa. ¿Sabes por qué ésta no se me escapa, Lucía? Porque no se me ha presentado, soy yo la que va detrás de ella. Lo tengo todo preparado: el billete de avión, el visado, la mochila y el equipo de snorkel. Dentro de dos meses estaré buceando bajo cenotes, entre tortugas, corales y peces de todos los colores.

- Piensa en el suelo de Belice totalmente agujereado, como un queso gruyere. Mis ojos tienen que ver eso, Luci.

-Tus ojos tendrían que ver tantas cosas que no ven.

- No es cosa de ver o de no ver. Déjalo ya, nunca lo entenderías y es mejor así. ¿Vendrás conmigo?

-Pues claro que voy contigo, imbécil. Oye, ¿es Belice ese lugar donde siempre es de día?

-Que no, Luci, que no. Que ese lugar no existe. Tarde o temprano siempre se hace de noche en todas partes.

Dios nos libre de las aguas mansas y de las enfermedades de la mente. Ése es el refrán que rezamos todos en casa, sobre todo cuando se avecina un cambio de estación y vemos cómo los humores de mi hermana empiezan a tambalearse.

Mi hermana es a veces huracán y, a veces, no llega a ser siquiera ventisca. Mi hermana a –muchas- veces es nada. Nadie puede saber cuándo está por llegar ese momento ni a qué se debe y, lo peor de todo, cuánto tiempo va a durar. De repente, su rostro palidece y sólo consiente vestir un largo jersey azul de cuello alto que mi



Jóvenes Artistas

madre cosió para mi padre en aquella época en que mi madre cosía y mi padre, aún vivo, se ponía la ropa que mi madre le hacía.

Ésa es su burbuja. Una burbuja de lana azul marino que la protege del mundo. Una lana que la salvaguarda de los abrazos y de las bofetadas de la vida los días en los que mi hermana no llega a ser siquiera una ventisca. Cuando me advirtió que si decía más de cien palabras en un día me explotaría la cabeza, mi hermana era un huracán, y, ahora... Ahora ha vuelto a serlo.

Ella tenía siete u ocho años y yo andaría por los cinco o los seis. Ella solía encontrar la manera de entretenerse conmigo porque su imaginación nunca ha conocido límites de ningún tipo. Yo siempre le iba y le venía con preguntas incómodas. Ana, dime la verdad, ¿los Reyes Magos y el Ratoncito Pérez existen? Pues claro que existen, idiota, y si se enteran de que no crees en ellos van a dejar de quererte, ¿sabes? Pero a veces a mi hermana le molestaba tenerme como sombra y es normal: yo siempre de su mano, siempre con una pregunta o con una retahíla de pensamientos mal hilvanados.

Ayer mamá me dijo que fuese a pedirle dos huevos a Mari y, ¿sabes qué? Jualinín volvió a azuzarme a sus perros. Ana, estoy harta de Julianín. Podríamos proponerle a mamá que nos fuésemos a vivir a otra casa, lejos de Julianín, ¿qué te parece? ¿Se lo decimos a mamá? Podríamos irnos a vivir a un lugar donde siempre fuese de día. Ana, ¿tú sabes en qué pueblo es siempre de día? No me gusta que sea de noche. Y a ti, Ana ¿te gusta que sea de noche? Yo lo odio.

Y como ella era un huracán, siempre encontraba respuestas disparatadas para mis propuestas locas y cuando quería que me callase me recordaba eso. Me recordaba que si decía más de cien palabras me explotaría la cabeza. Ella no pensaba en las consecuencias de sus revelaciones, ella sólo quería que la dejase tranquila por unas horas. Porque cuando ella me recordaba lo de las cien palabras yo me ponía a hacer recuento de todo lo hablado hasta ese momento y mis cálculos siempre llegaban a las setenta y dos; eso significaba que tenía que tener cuidado durante el resto del día para no sobrepasar el límite. Y la dejaba tranquila, como ella quería. Eso sí, al rato se me olvidaba aquello del silencio y volvía a las andadas, volvía a agarrarme a las faldas de mi hermana y ella volvía a dejarse agarrar. Yo le hablaba y le hablaba.

No siempre fue así, claro. Cuando yo aprendí a contar hasta la centena, no se me olvidó aquello de las cien palabras y entonces una intensa agonía me invadió y anudó mi garganta. Ana me había dicho que no podía revelarle a nadie el secreto de la vida eterna (no hablar demasiado) y yo acepté sin condiciones. Sin embargo, ese día caí en la cuenta de que mi madre estaba en peligro. Ella andaba por ahí, hablando y hablando, ajena al riesgo que corría. Hasta la fecha mamá había tenido la suerte de no sobrepasar las cien palabras al día pero su vida –ni más ni menos que la vida de mi madre – estaba en peligro.

No entendía porqué mi hermana no le había advertido nada. Mi madre era buena, nos hacía bocadillos de Nocilla y preparaba el calefactor en el salón mientras nosotras nos bañábamos. ¿Por qué Ana no le habría revelado el secreto de la vida eterna a mamá?

Rompí el pacto de silencio. No podía consentir que mi madre arriesgase su vida por más tiempo, así que se lo conté todo con lágrimas y miedo en los ojos. Ella me pasó la mano por la cabeza y me dijo que eso era antes, que desde que inventaron la vacuna “No dejes de hablar” a nadie le ha vuelto a explotar la cabeza por decir más de cien palabras. Entonces me hizo un vaso de leche y me dijo que me quedase ahí, en la cocina, mientras ella iba a ver qué hacía mi hermana.

Feliz y contenta saboreé mi vaso de leche con cacao mojado una de esas tortas de mosto con las que las panaderías advierten al resto del mundo que el otoño está a punto de llegar. Estaba tan concentrada en mojar la torta lo suficiente como para que supiese a chocolate pero no tanto como para que llegase a despedazarse –estaba tan concentrada en eso – que apenas oí el llanto de mi hermana.

Ana no quería que mamá entrase en su habitación, yo ya se lo había advertido en la cocina. Mamá, Ana está jugando al silencio y no puedes entrar en su territorio. Pero ella dijo que era la hora de la merienda, no del silencio, y por eso fue a llamar a mi hermana. Tocó su puerta pero Ana le dijo que se fuese, que quería estar sola. ¡Sola, sola! Así estaré toda mi vida, eso fue lo que le dijo exactamente a mamá. Mi madre abrió la puerta y entonces ya sólo se oía un llanto desconsolado. Quiero decir que se oía un llanto para el que ni una madre como la mía tenía consuelo.





Jóvenes Artistas

La torta de azúcar que anunciaba el cambio de estación acabó por desmenuzarse y aún hoy, casi veinte años después de aquella tarde, sigo oyendo con total nitidez el llanto desesperado de Ana. Ésa fue la primera vez que vi a mi hermana hecha una ventisca.

Pasaron más de siete años hasta que mamá y Ana salieron de la habitación y entraron en la cocina. El tiempo no tiene dimensiones, ahora pienso que quizá no fueron más de dos horas pero, en aquel momento, sentía que habían pasado siete años o más.

Mi madre me dijo que esa noche yo era la encargada de preparar la mesa para la cena. Contenta y nerviosa a partes iguales por la responsabilidad que mamá acababa de delegar en mí, apenas reparé en que mi hermana se había limitado a observar a mi madre, que preparaba una de sus ensaladas de fantasía. No fue sino unos años después, mientras acariciaba la cabeza de Ana, cuando caí en la cuenta de que aquella noche mi hermana no había ayudado a mi madre a preparar la ensalada de fantasía, como solía hacer cuando era un huracán.

Como si acabase de pronunciar la palabra número cien, un día la cabeza de mi hermana explotó y los pedazos salieron disparados como lágrimas que se clavaban allá donde caían. Yo le hablaba de las universidades a las que me gustaría ir y ella rompió a llorar y a llorar y a llorar. No dijo ni una sola palabra. Al principio ni tan siquiera me dejó abrazarla, luego puse mi mano en su rodilla y, poco a poco, su cabeza cayó dormida en mis piernas. Ahí fue cuando yo empecé a acariciarla y a jugar con su pelo mientras recordaba los huracanes y las ventiscas de mi hermana. Entonces éramos dos adolescentes y yo tenía la sensación de que Ana, a sus diecisiete años, ya lo había vivido todo como huracán y también todo como ventisca. La más feliz o la más triste, Ana lo era todo o no era nada. Y fue también mientras ella dormía cuando recordé aquella primera vez que mi hermana no ayudó a mamá a preparar la ensalada de fantasía.

Porque en épocas huracanadas, mi hermana cocina unos platos deliciosos y sus ensaladas de fantasía saben incluso mejor que las de mi madre, que ya es mucho decir. Cocina, dibuja y limpia como los ángeles. Todo lo hace bien, todo tiene un toque

encantado cuando Ana está de cuerpo presente y se desliza de la habitación a la cocina y de la cocina al trabajo y del trabajo al café del Sol y del café del Sol a casa nuevamente. Se desliza como un huracán pero sin violencia, sin desordenar ni romper nada, sino más bien todo lo contrario. Hasta sus locuras, que son muchas, a todos se nos antojan episodios de un libro de aventuras y no hacemos otra cosa que mirarla siempre expectantes y confiados en el final feliz de la historia. Mi hermana transmite paz, equilibrio y vida cuando es un huracán. Ella es la sal y el azúcar de todos nosotros.

Y en épocas de ventisca, como ya dije, mi hermana es una bola de lana azul marino. Es un jersey de mangas infinitas y un cuello tan alto que apenas deja ver su nariz. Hace la comida para ella, para mamá y para mí pero no cocina, recoge la casa pero no la limpia, va al trabajo pero no trabaja y sus dibujos... y si la desesperación y la abulia tuviesen alguna forma concreta, ésa sería la de los dibujos de mi hermana en épocas de ventisca. Cuesta creerlo pero, en épocas de ventisca, Ana dibuja láminas y láminas idénticas a carboncillo. Unos dibujos con dudosas formas geométricas que acaban formando una especie de torbellino descendente. Me entra el frío en el cuerpo sólo con pensar en ese torbellino que nunca sube, que siempre baja.

El año pasado todos nos dimos por vencidos. Era febrero y Ana seguía calzando ese maldito jersey azul marino. Mamá y yo siempre nos cargábamos de energía en otoño y primavera para poder tirar de ella. Levántate, hija, es lunes y tienes que ir a trabajar. Hazlo por mí, por favor, sal de la habitación, le decía mi madre. Ana, ya van más de dos días jugando al silencio, vamos a dar un paseo, le decía yo. Y así hasta que las hojas del otoño desaparecían de las calles o el sol de la primavera empezaba a apretar con más fuerza. Sin embargo, el año pasado, el invierno no llamó a nuestra puerta y el otoño se juntó con la primavera. Durante muchos meses no hubo ni rastro de los huracanes de mi hermana y los demás acabamos por rendirnos.

Sus amigos se cansaron de la callada por respuesta de mi hermana, mi madre retomó sus agujas y empezó a coser una bufanda blanca que llegó a medir cuatro metros y medio y yo me apunté a un curso de yoga en busca de la paz y la tranquilidad a la que mi hermana me había acostumbrado en sus tiempos de dicha. Ana fue una ventisca durante siete meses. Durante cuatro metros y medio de lana blanca. Durante cuatrocientas posturas de yoga.





Jóvenes Artistas

¿Qué le pasa a Ana? Como quien le pregunta a su madre cómo quitar una mancha de vino de una camisa blanca –con la certeza de que una madre siempre tendrá la solución perfecta para todo–, así le preguntaba yo una y otra vez a la mía ¿qué le pasa a Ana, mamá? ¿Recuerdas cuando Carolina dejó de hablarte y tú te sentías tan mal que no querías ir al colegio? Estabas triste, ¿verdad? Pues eso es lo que le pasa a tu hermana: está triste y no tiene ganas de jugar ni de ir al colegio. ¿Sus amigas no le hablan, mamá? No, no es eso exactamente. Ana no tiene ningún problema en el colegio, está tristonra, sin más. No lo entiendo, mamá. Si no le pasa nada, ¿por qué iba a estar triste? Yo nunca estoy triste por nada. Y tú, ¿tú te pones triste sin motivo, mamá? Pues a veces sí, hija. Es como el tiempo, a veces hace sol y a veces está nublado. A veces es de día y a veces es de noche. A mí no me gusta que sea de noche, mamá. Me gustaría que siempre fuese de día. Seguro que Ana no estaría triste si fuese siempre de día. Creo que yo también me pongo triste por las noches pero, como me duermo enseguida, luego no me acuerdo de que estoy triste. Ana sí se acuerda de que se pone triste por las noches. Es eso, ¿no? A eso te refieres con lo de ponerse triste sin más, ¿verdad, mamá? Sí, hija, a tu hermana no se le olvida que se pone triste por las noches, por eso también se levanta triste por las mañanas. De todas formas, no te preocupes, se le pasará pronto. Sabes qué, mamá, podríamos mudarnos a un pueblo donde siempre fuese de día...

A mi madre siempre le dio miedo el agua. En verano montaba la piscina de plástico en el patio y, a pesar de que no medía más de un metro, mamá no nos quitaba ojo de encima mientras chapoteábamos en ese trozo de plástico por si nos ahogábamos. Más adelante, entre bromas, Ana y yo la culpábamos de habernos contagiado esa fobia y también le decíamos que, gracias a ella, fuimos el hazmerreír en campamentos y excursiones de fin de curso. No obstante, contra todo pronóstico, fue gracias al agua que mi hermana volvió al mundo el año pasado, después de siete meses de ventisca, cuatro metros y medio de lana blanca y cuatrocientas posturas de yoga.

Mamá no había terminado aún la ensalada cuando Ana entró en casa dando saltos de alegría. ¡Clases de natación, Lucí! ¡Vamos a apuntarnos a clases de natación! ¿Qué te parece? Mamá, muchas gracias por educarnos en valores y transmitirnos

principios e inquietudes pero permite que, de una vez por todas, nos liberemos de tu miedo al agua. Mi madre rió a pierna suelta y abrazó a mi hermana sin poder contener las lágrimas: Ana había vuelto a ser un huracán y mi madre estaba emocionada.

Mamá nos repitió aquello de que nunca fue su intención contagiarnos su miedo al agua y volvió a pedirnos perdón. Ana y yo nos burlamos cariñosamente de ella. Por tu culpa Luis dejó de ser mi novio en aquel campamento, mamá. Mientras todos se bañaban horas y horas en la piscina, a mí no me quedaba más remedio que leer en la cabaña. Sí, ahora soy muy culta pero Luis me dejó por María, ¿sabes? Porque María era toda una sirenita. Y así estuvimos un buen rato, recordando y deformando anécdotas entre risas y más risas mientras mamá terminaba la ensalada de fantasía y Ana preparaba el aliño. Jamás olvidaré el sabor de aquella ensalada.

Después de siete meses, cuatro metros y medio de lana blanca y cuatrocientas posturas de yoga, Ana había vuelto a ser un huracán.

Yo soy más de vientos moderados pero no puedo negar que me encanta acompañarla en sus locuras. Nunca saldría de mí recorrer Andalucía haciendo autostop ni preparar un teatrillo de marionetas en la plaza del pueblo a sabiendas de que ni los niños se acercarían a escucharnos –es lo que tiene nuestro pueblo, que parece que siempre es de noche y todos duermen eternamente– y, bueno, ir a clases de natación con mi hermana no es ninguna aventura, lo sé, pero sí lo fue inscribirnos en el turno infantil fingiendo que era el horario que más nos convenía a las dos. Ése fue el toque de mi hermana, su soplo: apuntarnos a clases de natación para niños.

En poco más de un mes, mi hermana y yo aprendimos a nadar sin la necesidad de agarrarnos a una tabla con dibujos de delfines sonrientes y soles con ojos, como el resto de nuestros compañeros. También como el resto de nuestros compañeros, calentábamos nuestros músculos antes de lanzarnos a la piscina versionando la canción original de la Abeja Maya e incluso en más de una ocasión convencimos a nuestra madre para que nos acompañase al cursillo y nos diese aliento desde las gradas de la piscina, como hacían las madres de nuestros compañeros. Y nosotras, que rondábamos el cuarto de siglo, lo pasamos bomba con todos ellos, que no superaban los diez años de edad.



Jóvenes Artistas

Mi madre a veces dice que es la herencia de mi padre, que tenía una personalidad depresiva y Dani, el mejor amigo de mi hermana, sostiene que Ana es demasiado sensible para este mundo y a veces sólo hace falta que un mondadientes se rompa para que ella se sumerja en la más profunda de las tristezas. Eso es lo que le pasa, que es demasiado sensible, dice Dani.

Yo tampoco sabría explicar con precisión qué le pasa a mi hermana, quiero decir que no acabo de entender a qué se deben esos cambios tan bruscos. La más muerta o la más viva. Todo o nada. Yo le pregunto por las épocas de ventisca en épocas de huracán (porque en épocas de ventisca mi hermana es nada y, claro, tampoco habla) y ella sólo me dice que estaba un poco tonta, sin más. Pero te pones tonta muchas veces, Ana, y te pones muy muy tonta y eso no está bien. Entonces mi hermana cambia de tema rápidamente y no hay nada más que hacer.

Sólo una vez me dijo que alguien debe morir para que los demás valoremos la vida. Eso es lo que hace ella, supongo: se muere y luego se resucita para vivirla con más ganas.

Y ahora me viene con que dentro de dos meses se marcha a Belice y yo, con ella. Dice que va a dejar el trabajo y que ya encontrará algo cuando volvamos, yo dejaré todas las prácticas terminadas antes de irnos y, a la vuelta de nuestro viaje, probaré suerte en los exámenes, por si a la flauta le da por sonar. Yo soy más de vientos moderados pero si mi hermana me dice ven, lo tengo claro, con ella me voy.

¿Por qué a veces mi hermana es un huracán y por qué a veces ventisca? ¿Dónde se quedan la fuerza de mi hermana, su sonrisa vital y las ensaladas de fantasía? ¿Por qué Ana se deja caer hasta lo más profundo? Y por qué mi madre no le dio dos tortas bien dadas aquella tarde en su habitación. Una por convencer a su hermana de que si decía más de cien palabras le explotaría la cabeza y otra por sufrir sin motivo. Porque nunca ha habido un motivo identificable para sus crisis. Ojalá algún novio le hubiese roto el corazón o hubiese dejado los estudios por causas de fuerza mayor y no porque detestaba y detesta las aulas. Me gustaría que mi hermana fuese más normal, me digo en épocas de ventisca. Ojalá mi madre le hubiese dado dos hostias con la mano bien abierta para que sólo pudiese pensar en el dolor del tortazo. Sin

embargo, al mismo tiempo, algo me dice que Ana es a veces un huracán porque a veces es una ventisca. Sin lo uno, nunca existiría lo otro y viceversa.

Creo que mi hermana piensa demasiado. Se aburre de la monotonía que supone estar toda una vida viva; por eso el mundo se le viene encima y entonces se le cae todo lo demás. A ella la enferman las pequeñas tragedias del día a día, las faltas de decoro en las relaciones humanas y el aburrimiento universal, por decirlo de alguna manera.

Mi hermana es consciente de que hay que echarse al mundo. Otros nos levantamos por inercia, vamos a la universidad o al trabajo y buscamos todas aquellas cosas que nos hacen sentir mejor sin reparar en qué buscamos exactamente: una mejor posición laboral, un curso de teatro, un hijo, una novia, unas vacaciones en Cancún... y lo hacemos por inercia, sin ser conscientes de que estamos vivos, de que cada día cuenta porque cada día es un día más y también es un día menos.

Mi hermana es consciente de que ella, de que todos estamos vivos y, por lo tanto, las posibilidades de actuación son ilimitadas. Eso puede ser motivo para ser un huracán pero también puede provocar más de una ventisca. Saberse vivo, saber que todos estamos vivos puede ser la causa del más profundo de los desencantos si atendemos a los resultados de nuestra vida: a la insatisfacción y al dolor gratuito, a las puñaladas traperas, a la desidia generalizada, a la oferta y la demanda de sentimientos y productos que nunca acaban de encajar.

Cuando mi hermana ve esa parte de la vida, de su vida, mi hermana no es más que un jersey de lana azul marino. Y lo es conscientemente. Lo bueno de todo esto es que, con las mismas, mi hermana le da la vuelta a la tortilla y, no dejando nunca de ver la parte más miserable del ser humano, se echa al mundo y se lo come con patatas.

Finge una curiosidad por el entorno que en el fondo no tiene pero sabe vivir con su mentira. Al fin y al cabo eso es algo que hacemos todos, ¿no? Me refiero a lo de construir una serie de mentiras y creer que tenemos un lugar y una función en el mundo, sea de la naturaleza que sea. Lo hacemos para no complicarnos demasiado, para sobrellevar el día a día y no aburrirnos ni enredarnos en un jersey de lana azul marino.



Jóvenes Artistas

Mi hermana hace lo mismo pero a veces (generalmente durante el otoño y la primavera) ella necesita salir del absurdo y de la inercia para recuperar el norte durante un tiempo que puede llegar a durar siete meses, cuatro metros y media de lana blanca y cuatrocientas posturas de yoga. Lo hace para coger fuerza y entrar de nuevo a la farsa que también es la vida con mucha más energía, como si de verdad fuese un huracán.

Ahora me viene con que dentro de dos meses se marcha a Belice. Dice que lleva ahorrando mucho tiempo, que ha dejado pasar muchas oportunidades en la vida y ésta no se le escapa. ¿Sabes por qué ésta no se me escapa, Lucía? Porque no se me ha presentado, soy yo la que va detrás de ella. Lo tengo todo preparado: el billete de avión, el visado, la mochila y el equipo de snorkel. Dentro de dos meses estaré buceando bajo cenotes, entre tortugas, corales y peces de todos los colores.

- Piensa en el suelo de Belice totalmente agujereado, como un queso gruye. Mis ojos tienen que ver eso, Luci.

-Tus ojos tendrían que ver tantas cosas que no ven.

- No es cosa de ver o de no ver. Déjalo ya, nunca lo entenderías y es mejor así. ¿Vendrás conmigo?

-Pues claro que voy contigo, imbécil. Oye, ¿es Belice ese lugar donde siempre es de día?

-Que no, Luci, que no. Que ese lugar no existe. Tarde o temprano siempre se hace de noche en todas partes.